



NATALIE BABBITT

La familia eterna



temas de hoy

NATALIE BABBITT
LA FAMILIA ETERNA

Traducción de Elisa Levi

Título original: *Tuck Everlasting*

© Natalie Babbitt, 1975

© por la nota sobre el 40 aniversario de la publicación de *La familia eterna*,
Gregory Maguire, 2015

Publicado de acuerdo con Farrar Straus and Giroux Books for Young Readers, un sello de Macmillan Publishing Group, LLC, a través de Sandra Bruna Agencia Literaria SL. Todos los derechos reservados.

© por la traducción, Elisa Levi, 2023

Corrección de estilo a cargo de Cristina Baquerizo

© Editorial Planeta, S. A., 2023

temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Diseño de cubierta: Melissa Castrillón

Primera edición: mayo de 2023

ISBN: 978-84-9998-969-3

Depósito legal: B. 7.642-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Egedsa

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

<i>Sobre el 40 aniversario de la publicación de La familia eterna</i>	9
LA FAMILIA ETERNA	15
<i>Entrevista a Natalie Babbitt</i>	163
<i>Biografía</i>	175

El camino que llevaba a Tregap había sido trazado, mucho tiempo antes, por un rebaño de vacas que, sin duda, iban tranquilas. Dibujaba curvas, ángulos fáciles, ascendía hacia una agradable tangente que llevaba a la cima de una pequeña colina, bajaba suavemente de nuevo entre márgenes de tréboles colmados de abejas y limitaba, más adelante, con un prado. Sus límites se difuminaban ahí. Se ensanchaba y parecía detenerse, sugiriendo un tranquilo pícnic bovino: un rumiarse lento y la contemplación exhaustiva del infinito. Después, el camino aparecía de nuevo y desembocaba, por fin, en el bosque. Pero al alcanzar la sombra de los primeros árboles se producía un giro drástico que trazaba un amplio arco, como si por primera vez el camino se planteara a dónde estaba yendo y pasara de largo.

Al otro lado del bosque, la sensación de comodidad se disipaba. El camino no pertenecía más a las vacas. En

su lugar, se convertía, de forma bastante brusca, en propiedad de la gente. Y ahí, de golpe, el sol desprendía un calor incómodo, el polvo oprimía y la escasa hierba a los lados se volvía algo harapienta y desdeñada. A la izquierda estaba la primera casa, una parcela con apariencia de mírame y no me toques, rodeada de hierba cortada sin esmero y cercada por una imponente verja de hierro de un metro y medio de alto que claramente decía: «Aléjate, no te queremos por aquí». Después, el camino se alejaba modestamente y seguía su curso, dejando atrás más y más parcelas mucho menos imponentes, hasta llegar al pueblo. El pueblo no tiene importancia salvo por la prisión y el patíbulo. La primera casa es la única importante; la primera casa, el camino y el bosque.

Había algo extraño sobre el bosque. Si un vistazo a la primera casa sugería que se pasara de largo, también lo pretendía el bosque, pero por motivos bastante diferentes. La casa se alzaba tan orgullosa de sí misma que daban ganas de armar un escándalo al pasar por delante, incluso lanzar una alguna piedra que otra. Pero el bosque tenía una adormilada apariencia de otro mundo que provocaba ganas de hablar en susurros. Como mínimo, esto es lo que las vacas, responsables del camino, debieron haber pensado: «Dejémoslo en paz, no queremos molestarlo».

Que la gente pensara eso del bosque o no es difícil saberlo. Quizá lo pensarán algunos, pero la mayoría de la gente bordeaba el bosque porque así lo indicaba el camino. No había nadie que lo atravesara. Y, de todas formas, había otro motivo para dejar al bosque bien solo:

pertenecía a los Foster, los dueños de la parcela *mírameynometoques*. A pesar de que estaba fuera de la verja y que era perfectamente accesible para el resto, el bosque era propiedad privada.

Cuando se para uno a pensarlo, ser el dueño de una tierra es una cosa extraña, ambigua. Después de todo, ¿cómo se mide la profundidad? Si a una persona le pertenece un trozo de tierra, ¿le pertenece todo el terreno, en una dimensión cada vez más estrecha, hasta que se encuentra con todos los demás trozos en el centro de la tierra? ¿O la propiedad consiste solo en una pequeña corteza bajo la cual los amables gusanos no saben lo que es el allanamiento?

En cuanto al bosque, en cualquier caso, al estar en la superficie —excepto por sus raíces, claro—, cada una de sus ramas eran propiedad de los Foster y de su *mírameynometoques*, y si ellos nunca iban, si nunca se adentraban entre los árboles, eso era asunto suyo. Winnie, la única niña de la casa, aunque algunas veces se quedaba mirando el bosque desde dentro de la verja, golpeteando sin cuidado con un palo los barrotes de hierro, nunca había ido. Pero tampoco había mostrado curiosidad por ello. Nada parece interesante cuando te pertenece.

Y, de todos modos, ¿qué puede parecer interesante de unas pocas hectáreas de árboles? Albergará una penumbra atravesada por los rayos del sol, un gran número de ardillas y pájaros, un profundo y mojado mantón de hojas en el suelo y otro montón de cosas tan familiares como no tan agradables, cosas como arañas, espinas y lombrices.

A fin de cuentas, fueron las vacas las responsables del aislamiento del bosque y, con una sabiduría que ignoraban tener, demostraron ser muy listas. Si en lugar de bordear el bosque, hubieran dibujado el camino bosque a través, la gente se habría adentrado en el bosque, percatándose del enorme fresno que hay en el centro o del manantial burbujeante entre las raíces, a pesar de las piedras que lo disimulan. Y aquello habría sido un desastre tan grande que esta vieja y agotada Tierra, con dueño o sin dueño, habría temblado hasta su eje, como un escarabajo en un alfiler.

Al amanecer de ese día de la primera semana de agosto, nada más despertarse, Mae Tuck se quedó un rato mirando las telarañas del techo. Al fin, dijo en voz alta:

—Los chicos llegarán mañana a casa.

El marido de Mae, tumbado boca arriba a su lado, no se despertó. Continuaba dormido y las tristes arrugas que por el día atravesaban su rostro se veían ahora relajadas, flojas. Roncó suavemente y, por un momento, las comisuras de sus labios se elevaron en una sonrisa. Tuck casi nunca sonreía, excepto cuando estaba dormido.

Mae se incorporó en la cama y le dedicó a su marido un gesto benévolo.

—¡Los chicos llegarán mañana! —insistió, esta vez un poco más alto.

Tuck se retorció y la sonrisa se le esfumó. Abrió los ojos.

—¿Por qué has tenido que despertarme? —dijo en un suspiro—. Otra vez estaba teniendo ese sueño, el bueno, donde todos estamos en el cielo y nunca se oye hablar de Treegap.

Mae estaba sentada con el ceño fruncido. Era una gran mujer ovalada con un rostro redondeado que desprendía sensatez y unos calmados ojos marrones.

—De nada sirve tener un sueño como ese —repuso ella—. Nada va a cambiar.

—Me lo repites siempre —dijo Tuck, girándose hacia el lado contrario—. Qué más da, no puedo elegir lo que sueño.

—Puede que no —respondió Mae—. Pero, de todos modos, ya deberías estar acostumbrado.

Tuck farfulló.

—Me vuelvo a dormir —anunció.

—Pues yo no —dijo Mae—. Voy a coger el caballo y me iré por el bosque a buscarlos.

—¿A buscar a quién?

—¡A los chicos, Tuck! Nuestros hijos. Voy a cabalgar hasta encontrarme con ellos.

—No es buena idea hacer eso —observó él.

—Lo sé —dijo Mae—, pero no puedo aguantar las ganas de verlos. Además, hace diez años de la última vez que fui a Treegap; nadie se acordará de mí. Cabalgaré al atardecer hacia el bosque. No pasaré por el pueblo. Pero, aun si alguien me viera, no se acordarían, nunca se han acordado, ¿no?

—Haz lo que quieras —resolvió Tuck acomodándose en su almohada—. Yo me vuelvo a dormir.

Mae Tuck salió de la cama y se empezó a vestir: tres enaguas, una roñosa falda marrón con un enorme bolsillo, una vieja chaqueta de algodón y un mantón de punto que enganchó a la altura de su pecho con un deslucido broche de metal. Los sonidos que hacía al vestirse eran tan familiares para Tuck que podría decir, sin abrir los ojos:

—No necesitas ese mantón en mitad del verano.

Mae ignoró la observación y, en su lugar, dijo:

—¿Estarás bien? No volveremos hasta bien entrado el día de mañana.

Tuck se dio la vuelta y le dedicó un gesto triste.

—¿Qué es lo peor que podría pasarme?

—Es verdad —dijo Mae—. A veces se me olvida.

—A mí no, pásalo bien —se despidió Tuck y en un segundo volvió a dormirse.

Mae se sentó al filo de la cama y tiró del par de botas de piel, tan finas y blandas por el paso del tiempo que era un milagro que permanecieran enteras. Después se levantó y, del lavamanos situado al lado de la cama, cogió un pequeño objeto cuadrado, una cajita de música decorada con rosas y lirios. Era lo más bonito que tenía y no iba a ningún sitio sin ella. Sus dedos sinuosos se acercaron a la llave que sobresalía, pero, mirando de reojo al durmiente Tuck, negó con la cabeza, le dio una palmadita a la caja y la dejó caer en su enorme bolsillo. Para finalizar, cogió un sombrero de paja azul de ala caída. Pero, antes de ponerse el sombrero, se cepilló el cabello marrón grisáceo y se hizo un moño a la altura de la nuca. Lo hizo con habilidad y rapidez, sin la necesidad

de mirarse al espejo. Mae Tuck no necesitaba espejos, aunque tenía uno apoyado sobre el lavamanos. Sabía muy bien lo que vería en él; su reflejo hacía tiempo que había dejado de interesarle. A Mae Tuck y a su marido y también a Miles y a Jesse: todos lucían exactamente igual desde hacía ochenta y siete años.